

6. Para obtener la Sabiduría

“Dios tiene su Sabiduría, y ella es la única y verdadera para amar y buscar como un gran tesoro” (n. 74) “Ah, si conociéramos qué significa este infinito tesoro de la Sabiduría hecho para el hombre... suspiraríamos noche y día por ella” (n. 73). Uno de estos suspiros está registrado en la carta de Montfort a María Luisa Trichet, justo de aquel período: “¿Oh, cuándo poseeré esta amable y desconocida Sabiduría? ¿Cuándo vendrá a habitar cerca de mí?... Oh, ¿quién me dará en alimento, aquel pan del intelecto con el cual ella alimenta a sus grandes almas? ¿Quién me hará beber aquel cáliz con que desaltera a sus siervos? Ah, ¿cuándo estaré crucificado y perdido para el mundo?” (Carta 16).

“Jesucristo, Sabiduría eterna, es todo lo que tú puedes y debes desear. Ten deseo de El y vete en su búsqueda. Él es, en efecto, la perla incomparable y preciosa por cuya adquisición tienes que vender todos tus bienes” (n. 9). “¿Queremos de verdad poseer la vida eterna? Aprendamos a conocer la Sabiduría eterna. ¿Queremos tener la perfección de la santidad en este mundo? Tratemos de conocer la Sabiduría” (n. 11), Con estos deseos de la Sabiduría, Montfort había iniciado su escrito. Ahora es tiempo de indicar los “medios para adquirir la Sabiduría eterna.

Medios, no tanto en el sentido de instrumentos, sino como medium, lugar de intercambio, como habitat, como lugar habitado por Dios, de modo que si alguno se pone en contacto con este “lugar intermedio”, se pone en contacto con el mismo Dios. Un medium que puede ser una persona, o un gesto interior, una actitud, una experiencia espiritual.

Un ardiente deseo de la Sabiduría

Un deseo que no solo es fruto de nuestra voluntad, sino que a su vez es un “gran don de Dios”, recompensa para quien observa fielmente sus mandamientos (n. 182). “Salomón, modelo dado a nosotros por el Espíritu Santo en la adquisición de la Sabiduría, no la recibió sino después de haberla deseado, buscado y pedido largo tiempo”. Como Salomón, debemos ser “hombres de deseo, para obtener este gran tesoro de la Sabiduría” (n. 183). Es el lenguaje de los místicos, el deseo, el suspiro, la espera de Dios es ya una experiencia espiritual. Significa ponerse en nuestro puesto de criatura ante el creador, de quien es nada ante el Todo, de quien no es, ante el Que es. Es el primer mandamiento: sólo Dios es Dios y no nosotros. Es la humildad que es la verdad. “El principio de la Sabiduría es el temor de Dios” (Pr 1, 7), un temor que es reconocimiento de Dios como Dios. Desear y reconocer de no ser y de volver a ser. Es ya una simiente de presencia que espera ser reconocida y escuchada de modo explícito y pleno. El deseo de Dios y la admisión de la criatura, limitada y pecadora; es por lo tanto una confesión del pecado, conversión al Creador y profesión de fe en Dios. Por tanto, el deseo de la Sabiduría es un medio para obtenerla; es un medium, es una actitud espiritual, un estado de vida, un “lugar” ya habitado por la Sabiduría. Quien vive el deseo de la Sabiduría, no hace la experiencia; ya la ha obte-

nido. Además Dios es para nosotros la respuesta a nuestra sed, y al mismo tiempo provocación de otra sed de El. De deseo en deseo, acosado e impulsado hacia la plena comunión con Dios.

Una oración continua.

“La oración es el canal ordinario por el cual Dios comunica sus gracias, de modo especial la Sabiduría” (n. 184). ¿Queremos encontrar la Sabiduría? La debemos buscar llamando a la puerta, pidiéndola con insistencia; así han hecho las almas santas, Salomón, la Virgen María. La oración continua no es la recitación continua de oraciones, sino una vida vivida continuamente en la fe. “La fe pura es el principio y el efecto de la Sabiduría en nuestra alma; cuanta más fe se tiene, más se tiene la Sabiduría; cuanta más Sabiduría se tiene, más fe se tiene. El justo o el sabio no vive más que de la fe” (n. 187). La oración es escucha de Dios, reconocimiento y acogida de su presencia, búsqueda de su voluntad. Por lo tanto, es obediencia a Dios. Como ha hecho Jesús, que ha venido para hacer la voluntad del Padre; como María, que se ha definido “la sierva del Señor” mientras daba su libre consentimiento a la presencia en ella del Verbo de Dios hecho carne. Vivir de oración es tener el corazón puro y la mirada límpida de forma de saber ver a Dios en la vicisitud humana, nuestra y de nuestro prójimo. Bienaventurados los puros de corazón, porque saben ver a Dios (cf. Mt 5, 8). Ven y sienten su presencia, viven ya en Él. “Quien quiera obtener la Sabiduría debe pedirla día y noche, sin cansarse y sin desanimarse” (n. 188). Vivir de petición día y noche, con perseverancia. Es aún la espera de Dios, el cual no desilusionará, ya que se comunicará al alma. De su parte, el alma debe saber que si recibiera la Sabiduría, sólo tras años de petición, o sólo al final de la vida, después de haber buscado, rebuscado e intentado merecerla, con fatigas y cruces “no le es dada por justicia, como una recompensa, sino por pura misericordia como una limosna”. El místico hace la experiencia de su propia nada. Vivir de pura petición: Dios está ya en el deseo de la respuesta. La oración continua es por lo tanto otro “lugar de presencia”, otro médium de Sabiduría. “Dios de los padres y Señor de la misericordia, envía tu Sabiduría de los santos cielos, envíala de tu trono glorioso para que me asista y afiance en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato” (Sb 9, 1. 10).

Una mortificación universal.

Vuelve el misterio de la cruz. “La Sabiduría no se encuentra en la tierra para quien vive cómodamente... Los que son de Cristo Jesús, la Sabiduría encarnada, han crucificado su carne con sus pasiones y sus deseos llevan siempre y a todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús; se hacen continua violencia, llevan la cruz todos los días” (n. 194). Los Apóstoles y los primeros cristianos y los santos han abandonado los bienes de este mundo para poseer la Sabiduría. Es necesario el desapego físico o al menos del corazón. Para seguir la Sabiduría del Evangelio, no hay que conformarse a la moda del mundo, ni exterior ni interior. Esto llevará a vivir a contracorriente. Son pues previsibles las incomprendiones, las persecuciones. Exac-